Sección de Notas

EUGENIO FLORIT: EL POETA DE LA SOLEDAD

Todas las grandes obras se han elaborado en la soledad y el silencio. De esa regla no hay que exceptuar el POEMA MÍO de Eugenio Florit (1), poeta cubano que figura en la *Antología hispanoamericana* de Jorge Campos. Ante todo, se revela en esos versos cristalinos el poeta de la luz; de la luz y de sus matices, de la luz y de sus colores, de la luz y de sus fuentes y ambientes; con mayor delicadeza y finura canta el cielo y el mar, la noche y el amor, la paz y el dolor, el sueño y el recuerdo. Pero el lector no puede menos de notar que las dos musas inspiradoras de sus obras, así como las consoladoras diosas de su vida quizá, han sido el silencio y la soledad.

Desde el principio saltan a los ojos los méritos literarios del POEMA MÍO, que otros han estudiado ya, y por toda la obra sus muchos valores humanos no dejan de llamar la atención del lector. Mas me he fijado yo, desde el primer poema «El Tesoro» (p. 11) que es una verdadera joya poética, en el problema de la comunicación, tanto en el arte como en las relaciones humanas. Este problema lo trata el poeta en unos poemas directamente, e indirectamente cada vez que trata del silencio y de la soledad, temas esencialmente relacionados por ser algo como el cuadro y el ambiente, el principio y el fin de toda comunicación íntima entre almas. Son los temas de más de cincuenta poemas y cancioncillas, y además se mencionan en más de otros sesenta del POEMA MÍO.

Dada la gran discreción y mucha modestia del señor Florit, no sé si me perdonará a mí que no soy crítico, mucho menos poeta, el mutilar así, sin permiso, el POEMA suyo, cuya lectura me ha dado tanto gusto y consuelo. ¿Osadía?, sí. ¿Impertinencia?; tal vez; pero nada de necia pretensión o vana adulación; este breve estudio lo dictan sólo un particular interés y una sincera admiración, y cuenta, por lo tanto, de antemano, con la indulgencia y amable condescendencia que todos sus alumnos le hemos reconocido siempre. Veremos, pues, en la primera parte, La Soledad; en la segunda, El Silencio, y en la última parte, El Problema de la Comunicación.

---

(1) EUGENIO FLORIT: *Poema mío*. Edit. Letras de México.

La soledad es necesaria, dice el Poema mío. Esa lección se saca de la misma naturaleza de la poesía, así como de la larga experiencia de la vida. Y por las muchas y variadas exigencias de la vida y de la poesía, nuestro poeta se resuelve ya a soportarla, ya a cultivarla con ahinco. Pero, hay soledad y soledad. Hay la soledad de abandono, la en que nos dejan el mundo y los seres amables; hay la soledad *refugio,* la que buscamos al huir «del mundanal ruido»; hay también la soledad presencia, la que presenciamos o de que participamos por amor y amistad; por fin, hay la soledad mística, la del alma que goza de cierta comunión con Dios. Nuestro autor las ha conocido todas, las buenas y las menos buenas, las de amorosas presencias y las de tristes ausencias; aun éstas, ascéticamente, pueden considerarse buenas, ya que purifican; pero nunca habla el Poema mío de la mala soledad, la negra, exclusiva y desesperada soledad de los cínicos o de los suicidas. Nunca, en efecto, desaparece la luz de su poesía, incluso las más tristes.

La soledad triste o dolorosa había de ser una de las más expresadas, por ser más sentida. **Solo, trémulo, sin amores...** (p. 14), y algo turbado por ilusiones y sueños (p. 28), el Poeta la halla **misteriosa** esa **soledad de las sombras** (p. 29) en que se encuentra el alma **frente a la luz del alba, color de nube...** ¿Será gris, la nube?, ¿gris, el alma sola?, **¿Gris de sombra** (p. 26), quizá? No se dice, pero las sombras, las hay de todos los colores (p. 358); se ven como **Pequeñas agonías de la luz/ herida, muerta, resucitada** (p. 28). De todos modos, es oscura la soledad del corazón abandonado: **Ausencia de ti ahora, ciegos ojos,/ negación de color en negro hundida** (p. 67). Y la del alma en tentación, **aquella inquieta fuga/ del alma por regiones de tormento/ sin razón...** (p. 26). Al regresar a su centro, después de ilusiones, se va la inquietud y queda la luz (p. 60): **A la serenidad, por la inquietud** (p. 502). Así es la vida, así la poesía: soledad de sombras, rodeadas de luz.

¿Quién más triste que un niño solo? Nadie, sino un viejo. **Nada. Tan sólo soledad./ Un humo vago de recuerdo y una tristeza de esperar./ Sale la luna sin estrellas/ y el *niño* se echa a sollozar./...** (más tarde). **Cuando la luna va cayendo/ el *hombre* se echa a sollozar** (p. 199). Basta de una noche; la soledad no respeta la edad, envejece a sus víctimas. Al enamorado, le duele la soledad que sigue a la separación: **Sé que estaré más triste, porque ya estaré solo.// Así cuando esté solo, triste solo, triste en mi soledad,/ podré escuchar el canto del misterio...** (p. 427). La noche ofrece un

asilo: **para llorar mis soledades/ tengo la noche entre las manos, trémula** (p. 280). Y **Mi corazón para tu noche, noche;/ que los dejaron solo, sordo, ciego,/ fastasma ya de antiguos corazones,/ niebla de flor en tu callado centro** (p. 231). Son dulces los acentos de esas cancioncillas: **Mi soledad, suspiro negro/ entre los ecos de la noche,/ levanta su canción, canta su pena,/ a la ventana de tu nombre** (p. 303). Más triste aún la soledad que sigue a una comunicación fracasada; será la del Amor Frío (p. 428), poema colocado entre los titulados Soledad (p. 427) y Nueva soledad (p. 429), donde dice **Y me quedo solo en el agua, débil junco, estrella/ desprendida de Dios, sobre la orilla.//** ¿Era verdad, entonces, el olvido? (p. 430). Si ha podido cantar el dolor nuestro Poeta, es que nunca se ha dejado abatir del todo por él. En cambio, habrá concluído algo como un pacto con ese agente purificador de la muy emotiva sensibilidad:

> Una vez, ¿no recuerdas?, me preguntaron por qué nosotros los poetas andábamos siempre tristes y como distraídos.
>
> Y ya sabes lo que respondí: **La voz del Señor no llega sino con la tristeza; cuando nos vamos olvidando de que hay luz y risa alrededor.**
>
> **Porque en la oscuridad del alma es donde puede brillar el regalo que El nos hace.**
>
> (p. 495).

Frente a esa triste soledad de la ausencia, tan necesaria al alma pegada a la tierra, el Poeta busca la dulce soledad de la presencia, sea la presencia del propio y auténtico ser, la que tienen que cultivar los pensadores y los creadores, los poetas y los santos, o sea la amorosa presencia de los amigos y de los enamorados.

Al autor del Poema mío le gusta estar solo con su soledad. Como Baudelaire, bien sabe él que el hombre que no sabe estar solo aun en medio del gentío no sabe poblar su soledad. Quien dijo: **Voy a estar con mi sueño solo** (p. 389) ha conocido **muchos años de soledad** (p. 457). La busca como si fuera un absoluto. **Hacia la luz tenía el alma/ ¡y era tan poco!// Hacia el amor volaba el alma/ ¡y era tan poco!// Hacia la soledad navega el alma/ ¡y ahora sí es todo!** (p. 381). Y ¿dónde la busca? Aquí lo dice, con otra gradación: **Uno quería el aire/ —¡allí estaría ella!// El otro la buscaba pegándose a la tierra.// Pero aquí, en el sueño/ se la llegaba presa** (p. 368). Hay que prenderla, como una cautiva que procura siempre escaparse. Y ¿cuándo se debe buscar? Siempre, claro, pero nunca se entrega más que por la noche: **Venía entre la belleza de mañana./.../ Nadie la vió...// Cuando llegó en la noche de belleza./ —ala no más, ni acento, ni sonido—,/ ya el amor la tenía por el alma./**

(p. p. 369) otra gradación (p. 375). En el primer poema: «Al día de Tagore» (p. 489), en otra gradación de momentos por el estilo, dice que salió por la mañana con su libro bajo el brazo, junto al mar, y otra vez por la tarde, sin poder leerlo; solamente al llegar a su **cuarto solitario** por la noche acertó: ahí en **mi soledad y mi silencio... entonces leí tu libro, Poeta.** Aparece la soledad de manera misteriosa: **Tú no sabrás por qué camino/ ha de llegar cuando la llames./ Sólo sabrás que por el cielo/ ya estará de marcha la tarde./ Y sentirás, más que todo, un perfume/ a silencio y a eternidades** (p. 379).

Esa soledad personal, ¿por qué la busca el Poeta? En ella, ¿qué valores busca él? Pues se busca a sí mismo para hacerse un alma propia, personalizada. Habrá oído el grito de Unamuno: **¿Arriba?, no, ¡Adentro!** y comprendido el de Musset: **Poète, frappe-toi le coeur, c'est là qu'est le génie!** Es la soledad de la vida interior la que cultiva, y se traza un programa: **Más hacia *adentro*, repliégate hacia ti/—vida real mía./ Reflejo, introspección./ Cada vez más tuyo/ libertado de lazos exteriores/ —verso, vida real./.../ Cada vez más en ti, serás sereno,/.../ —claro interior, luz clara./ Concentrado en ti mismo serás el verso puro/ —etéreo, único, solo./ No serás más que tú. Sólo tú. Sólo luz./...** («Interior», 55). Y el ritmo entrecortado, al compás del reflejo, marca la firme resolución.

A la soledad le dedica veintisiete cancioncillas que son preciosísimas en su sonora simplicidad. En estas «Canciones para la Soledad» (p. 263-389) su preocupación se hace ansia, su aspiración se hace anhelo, y lleva su respeto al plano de verdadero culto. Veamos una: **Tú, que pones el árbol amarillo/ y gris el mar,/ dime de qué color pones el alma con la soledad** (p. 388). Intima y discreta soledad que **Como la muerte, está en el aire;/ Está en los labios, como el beso;/ está en la flor, como el perfume,/ y en la noche, como el silencio** (p. 304). O que está **sin alma ya, dentro del alma** (p. 377). Sin embargo, dice él que **No tenía ni luz para verla/ ¡tan ciego!// ¡No sabía que desde su estrella la llevaba dentro!** (p. 385). Sigue describiéndola en sus múltiples facetas: **Como el triunfo de la eterna noche;/ como la voz de la canción eterna;/ como la eterna juventud del aire;/ como tú, soledad, mi angustia eterna** (p. 386). Con mucha felicidad, lleva algún dolor, dolor alegre (p. 395-397) las más veces, esa **suave soledad querida** (p. 425). Es bella, sí, hasta dolerle: **Tú no sabes, no sabes/ cómo duele mirarla** (p. 370). Así llegan a familiarizarse, el Poeta y su soledad, ya personalizada: **Así te miro, soledad del alma/ sin bajar la cabeza** (p. 382). Y concluye un acuerdo secreto con ella que casi no me atrevo a divulgar, por su carácter

sagrado: **¡que nadie se entere!/ Pero tú conmigo siempre/ hasta la muerte.// Y después, sobre la muerte./ ¡que nadie se entere!/ tú conmigo siempre, siempre** (p. 371). Esa es una soledad de asilo, no de escape, la que prefigura la libertadora soledad de la última hora: **Si nadie ha de venir, ¿qué esperas?/ ¿Y a qué escuchar, si nadie llama?// —Cuando sea el momento quiero verla/ para darle, despierto, el alma** (p. 383). Soledad creadora, nada aniquiladora; soledad ésa, madre de pura poesía.

Semejante soledad puede contener alguna presencia, sea la de la conciencia personal, como acabamos de ver, o sea la presencia moral de una persona amada, físicamente ausente o fallecida. Por ejemplo, un rayo de sol y de amor filial une para siempre dentro del tiempo y del espacio, al Poeta y su madre: **Tengo sol en mi mesa de trabajo/ y sol en tu retrato,/ madre, para que veas/ qué serenos y claros/ tú y yo aquí estamos** (p. 478). En el país del Norte, llega hasta él, por el mar y el cielo que dan paso al camino de los recuerdos, su juventud pasada ya: **Cielo: ¡qué mar distinto/ en tu distinta soledad retratas!/ Y tú, más de este Norte:/ ¡qué lejano de aquél/ cielo de juventud que retratabas!** («La Distancia» p. 438).

La soledad viva vence toda distancia muerta. El ser amado, por más lejano que fuere físicamente, más íntimamente puede hallarse presente, gracias a las dos facultades del amor, pobladores de soledad: el recuerdo: **¡Y qué suave tu recuerdo...!** (p. 420) y la memoria: **¡Bendita tú, memoria, que abres las puertas de la cárcel donde está el alma presa...!** (p. 497). Joven siempre por los años del corazón, ya es viejo nuestro Poeta por los recuerdos. Se le puede aplicar el verso de Baudelaire: **J'ai plus de souvenirs que si j'avais mille ans!** Escúchense las exclamaciones: **¿Comprendes tú lo que sería esta soledad sin recuerdos?/ ¡Fuego de mi hogar callado, tibia caricia del ayer, que iluminas mis horas!/ ¡Vivir, haber vivido un día, para recordarlo después toda la vida!/...** (p. 497).

Aquí pertenece el elegíaco poema «Para tu ausencia» (p. 200-201) con su tema tan tradicionalmente español de la muerte despertadora, de la vida que es sueño: **Gozo de estar ya vivo para el eterno día.** Una ausencia tan sentida, tan única, tan viva y vivida resulta una amorosa presencia moral que tan sólo la soledad puede presenciar e impartir. De ello se trata en «Noche Sola» (p. 462) que nos deja oír el coloquio interior: **Todo el silencio es tuyo./ La soledad, que envuelve tu silencio/ con su noche de manto tembloroso./ Afuera está el dolor,/ el gozo, el beso, el odio,/ y la mentira, y el ardor, y el sueño./ Pero aquí junto a ti, envolviendo tu sombra desvaída, no**

está más que el silencio./ Un silencio amoroso... En «El Nombre II» canta la alegría de ese amoroso convivir.

Bien sabe el poeta que hay varios niveles de convivencia moral para llenar y solazar las soledades del hombre. Uno no puede estar solo, solo. Siempre la soledad nos carea con alguien. Por eso Juan Ramón Jiménez dice: **¿Soledad y está el mundo con nosotros? ¿Soledad y estás tú conmigo solo?** La soledad es avidez de plenitud, de convivencia, como la persona es avidez de presencia, y toda presencia es avidez de comunicación. Ahora bien, no hay presencia más solazada que la de Dios, el **Señor de la Soledad,** el que nos creó para impartirnos algo de su infinita y eterna soledad, el que a veces crea nuestras soledades para que le sintamos presente, para que le llamemos a probarlas, a convivirlas. En definitiva, no hay soledad tan amarga, tan negra, tan **sola** que pueda escapar la amorosa omnipresencia de Dios, **la deslumbradora presencia** (p. 359).

De esa soledad espiritual y religiosa trata el señor Florit en varias poesías. Siendo mística, es la más callada, secreta e incomunicable, especialmente en sus grados avanzados. **¡Qué soledad sin nombre/ la soledad de estar solo con Dios!** (p. 467). La Soledad y el silencio son dos caminos que llevan el alma a Dios. **Cuando todo muere en el viento/ sólo Dios habla.//** (p. 387). **Que está más alto Dios lo sabes/ tú por el fervoroso pensamiento,/ aquí *vacío* de palabras,// y casi ya *vacío* de recuerdos.// Alma de paz que al cielo de la tarde/ subes en brazos del silencio...** (p. 459) empero la paz no se alcanza sin lucha, es el drama espiritual de cada alma: **A la serenidad por la inquietud** (p. 502). La vida es una poesía que vamos componiendo, y **¡cuántos versos inútiles antes de llegar a la Poesía!** (p. 501).

Al principio, **¡qué lejano estaba Dios!** (p. 143). A medio camino, **por ríos solitarios** (p. 397), **qué poco falta ya, Señor, para mirarte** (p. 188). Y así va, de soledades en soledades, acercándose cada vez más a esas **eternas soledades de Dios** (p. 496). De los coloquios íntimos («Diálogos Imaginarios», p. 495-498) se saca en limpio el gran conflicto de la vida interior:

> Señor de la soledad, ¡cuántos días de angustia para hallarte! Y cuando te encuentro, ¡qué angustia saber que mañana partiré de nuevo al rumor vacío de las calles y de la gente habladora!... ¿No me puedes atar, Señor, a tu carro oscuro?... (p. 496).
>
> Señor, tú sabes cómo lo deseo. Sabes, también, que podría ahora mismo abandonarlo todo, y separar mi barca de la orilla, para lanzarme en brazos de tus soledades infinitas. Pero sabes también, Señor, que aún no es la hora. Que hay muchas redes que remendar sobre la arena (p. 497).

Otra vez el **junco débil sobre la orilla** (p. 430), cuando **en lo oscuro/ se pierde el vuelo, el canto se me esconde/...** (p. 430), pero ya no yace desprendido de Dios, en la orilla (p. 430). Ahí canta **dentro de la perfecta soledad de las horas.// Dios está aquí.../ Dios, el de la belleza, está aquí, vigilante.// Qué esperanza de verse azul al doblar la mañana/ y navegar sobre las horas infinitas/ cuando esté la mano de Dios llamando a su criatura descelada** (p. 411). No nos parece un poeta de estos de quedarse en la orilla; se siente llamar hacia lo alto y lo profundo. **Ya ves que soy poeta/ con rumbo de saeta** (p. 74 y 96). **Yo voy, Señor. ¡Ay! que sueño de soles,/ qué camino de estrellas en mi sueño** (p. 188). Hecho para las alturas, le deseamos otros **Momentos de cielo** (p. 357-359) cuando se ve **asomado/ a una esquina del cielo...**

Ahora, cerca del sol eterno,
cerca de Dios, cerca de nieves puras,
en la deslumbradora Presencia transformado.

Estarás, donde se juntan
los días y las noches.
Donde al pensar se encienden más estrellas.
Donde se sueña, y nace Dios.
Donde Dios ha nacido en nuestro sueño.
Alto, para estar libres.
Libre, solo y etéreo.
Cómo veía inútil
desde su altura el cuerpo.

Sueño del sueño.
Su éxtasis de hombre junto al cielo,
a la entrada de Dios...

Su alma de paz está hecha para la altura, y se lo dice en «El Alto Gris» (p. 459-460: **Más alto Dios en ti. Más firme,/ más verdadero/ que tú mismo, hilo de humo/ con el amor dormido dentro.// Tú lo sabes. Que Dios/ abre tu rosa de invisible fuego/ ahora cuando, reina de la altura,/ sube tu alma en brazos del silencio.** En otro coloquio con Dios su Padre **...Que estás en los cielos** (p. 479-480) le recuerda a Dios las muchas veces que le ha visto ya, y una vez en particular;

Sí, pero aquella noche...
Aquella noche, al verte,
fué como ver el Universo entero..
Fué como estarse frente a Ti,
desnuda el alma...

Eran tantas las luces...
Y más que todo, era
un ansia de llorar pegado a tu belleza;
de recostarse sobre el suelo,

de, hasta cegar, estar mirándote
y meter tanta luz dentro del alma
—pura en lo oscuro, como las estrellas—
para que nunca me faltara luz
ni Tú ya nunca me faltaras.

El POEMA MÍO debe a la soledad mucho de su belleza, de su música y de su luz. A su poema, el Poeta: **polvo florecido** (p. 503) prefiere la soledad: la suya, la del lector, la de Dios: **Dame tu soledad, te daré mi poema** (p. 502).—DENYS A. GONTHIER.

VARIACIONES EN LA LITERATURA SOVIETICA

Las obras literarias suelen ser con frecuencia veraces testimonios de la situación política de un país, sobre todo si, como en el caso reciente de la Unión Soviética, se abre un período de revisión y crítica del estado anterior de cosas. El más severo informe emitido por un especialista en temas políticos, por un sociólogo, e incluso la crónica facilitada por una agencia periodística, por muy bien informados que se hallen, no pueden compararse con el reflejo producido por las últimas producciones soviéticas en materia de literatura.

Es el caso de la novela de BASILIO DUDINZEV, No sólo de pan vive el hombre, *y la comedia de* NAZIM HIKMET, ¿Ha existido Iván Ivanovic? *La primera, aparecida en las páginas de la revista* Novi Mir *(Mundo Nuevo), en tres números sucesivos, y traducida posteriormente al francés, al alemán y al español. (De esta obra damos reseña en la Sección Bibliográfica de este mismo número.) La segunda, estrenada en el Teatro de la Sátira, de Moscú, hace apenas tres meses.*

No sólo de pan vive el hombre *pone al descubierto los turbios procedimientos de que se vale una Comisión de científicos para boicotear y plagiar, en última instancia, el modelo de una máquina destinada a mejorar la producción de tubos de acero. Artefacto ideado por un jefe de taller, cuyas vicisitudes para sacar adelante el invento sirven al autor de la novela para trazar la trayectoria recorrida históricamente por la alta burocracia del partido comunista hasta la muerte de Stalin, y el período de revisión y crítica a que se ve sometida en el nuevo período que se abre con semejante acontecimiento. Sin embargo, aunque delata y critica los defectos de la «era staliniana», no es una acusación profunda. Por un lado, cuando en el desenlace se pretende reivindicar al protagonista—Dimitri Alexeievic Lopatkin—de las vejaciones sufridas en los tiempos de Stalin, la conducta de los científicos que juzgan su invento y lo plagian es tolerada, porque «es mejor que ciertas cosas no llegue a saberlas el pueblo, porque no razo-*